

ct

El tiempo de Bernardo P.

de
Irma Correa

(fragmento)

*A mi padre.
Por esos silencios hondos
en los que palpita,
fogosa,
su deseografía.*

*“La Vejez (tal es el nombre que otros le dan)
puede ser el tiempo de nuestra dicha.
El animal ha muerto o casi ha muerto.
Vivo entre formas luminosas y vagas
que aún no son la tiniebla.
(...)
Esta penumbra es lenta y no duele,
fluye por un manso declive
y se parece a la eternidad.
(...)
Llego a mi centro,
a mi álgebra y mi clave,
a mi espejo.
Pronto sabré quién soy.”
El elogio de la sombra.
J.L. Borges.*

*“Yo soy
todas las personas que he sido.”
Vicente Ferrer.*

*“Se dijo que en todas aquellas figuraciones
había un innegable fondo de verdad.”
Juegos de la edad tardía. Luis Landero.*

PERSONAJES

BERNARDO

MADRE

HERMANAS: CARMEN, PILAR, ENRIQUETA

MARGA

CONCHITA

SEÑOR AURELIO, TENIENTE, SOLDADOS, CURA, MÉDICOS, TEO, TERESA

(A la izquierda del escenario una mesa grande de madera envejecida y unas sillas. Encima de la mesa unos trapos blancos y unos mendrugos de pan. A sus pies una olla. A su derecha un pequeño tocador. A la derecha del escenario una isla de arena con un banco de madera y un árbol seco. BERNARDO está sentado en el banco. Tranquilo. Es un señor de unos sesenta años. Nada en él es destacable, a excepción de unas pequeñas gafas de cristales redondos. Viste pantalón y chaqueta oscuros, camisa blanca y zapatos negros de cordón. Las HERMANAS y la MADRE están en el centro del escenario. La MADRE es una mujer regia, imponente, cuarteada por el tiempo. Va vestida con un traje negro. CARMEN es la hermana mayor, malhumorada y casta. Lleva un vestido gris. PILAR es la mediana, observadora, callada. Lleva un conjunto azul marino. ENRIQUETA, la pequeña, es locuaz, pizpireta, lista. Viste un vestido beige de volantes. Se escucha el sonido de una respiración artificial.)

BERNARDO

Siento unas burbujas penetrando en mi sangre. Cosquillean. Qué bueno es sentirse vivo. Mira esa nube. Tiene forma de flor.

Uno piensa con quince años: “Cuando tenga veinte”.

Cuando tiene veinte piensa: “Cuando tenga treinta”.

Cuando tiene treinta piensa: “Cuando tenga cuarenta”.

Y cuando cumple sesenta piensa: “¿Y qué pasa con aquellos sueños que se tenían que cumplir?”

Uno espera. Y espera. Uno va por la vida pensando: “Tengo un millón de años para vivirla”. Y va dando saltos, de aquí para allá. Va gastando el tiempo.

Y los sueños ahí, esperando.

Y uno aquí, esperando.

Y entre espera y espera, la vida.

Mira ese remolino de papeles blancos. Suben y bajan con el viento. Verde viento, verdes ramas.

Esas ramas son nuevas, míralas qué largas, qué hojas. Ramas renacidas. Qué bellas son.

Y es que nunca es demasiado tarde para renacer.

(BERNARDO observa cómo sus HERMANAS y su MADRE caminan hacia la mesa. Oscuro. Se va el sonido de la respiración artificial. Cuando vuelve la luz aparecen BERNARDO y CONCHITA en la isla de arena. CONCHITA es una vieja con un abrigo rancio y gastado. No se separa de sus bolsas de supermercado, llenas de miles de cachivaches que ha ido recogiendo de la calle. BERNARDO tiene unas cartas en la mano.)

BERNARDO

¿Y sabe qué, Conchita? Que me río yo de los soñadores. Porque los que están todo el rato soñando no hacen otra cosa, no tienen tiempo, no viven, así que no pueden luchar para hacer realidad esos sueños. Menuda tontería, ¿no? Le voy a decir algo. Yo, que soy poeta, ¡Un poeta libre! Si me da la gana de ponerme la chaqueta así *(se da la vuelta a la chaqueta)*, ¡me la pongo así! Y si me da la gana de quitarme los zapatos *(se quita los zapatos)*, ¡me los quito! Y si me da la gana de quitarme el pantalón...

CONCHITA

No, hijo, el pantalón no...

BERNARDO

¿Sabe qué es lo que vamos a hacer ahora? Vamos a ir al Círculo de Bellas Artes a leer las poesías que le escribí a Marga, allí, delante de cientos de personas. ¡Sí, Marga, tus poemas! ¡Vamos, Conchita, vamos al Bellas Artes!

CONCHITA

No, hijo.

BERNARDO

¿Por qué? ¡Vamos! ¡Descalzos! ¡Desnudos!

CONCHITA

No. Tienes que ir tú solo. Eso es lo que le queda por hacer a tu alma inacabada. Yo me quedo aquí, con mis palomas.

BERNARDO

Pues yo me voy a leer mis poemas. Porque soy libre. ¡Libre! A mí ahora nadie me va a parar. ¡Nadie me va a parar!

(Oscuro. Cuando vuelve la luz las HERMANAS y la MADRE están en la mesa, cosiendo los trapos. Sonido de respiración artificial. BERNARDO las observa.)

CARMEN

No, no es que no me haya venido a buscar, es que no ha mandado a nadie para decirme que no venía.

ENRIQUETA

Pues ya vendrá alguien, mujer.

PILAR

Claro.

CARMEN

Más le vale.

ENRIQUETA

Es que lo tienes asustado. No me extrañaría nada que no viniera porque le haya dado algo en su casa y no haya podido salir.

CARMEN

Tú cállate, que para la edad que tienes sólo sabes decir tonterías.

ENRIQUETA

Es la verdad. Si no le pegaras esos espantones ya estaríais casados. Yo cuando tenga tu edad ya

habré tenido tres hijos por lo menos.

CARMEN

Para eso primero hay que tener novio, niña.

ENRIQUETA

Y unos cuantos que tengo ya para elegir, ¿eh, Pilar?

(PILAR ríe.)

CARMEN

A ti lo que te pasa es que tienes muchos pájaros en la cabeza.

ENRIQUETA

Sí, sí, pájaros. Ya verás cuando haya elegido. Ya verás cuando lo traiga a casa y os lo presente a todas. Os váis a morir de la envidia y se os va a caer la baba, y a mí me va a dar mucho asco, y le voy a decir a él que es que vosotras nacisteis así, babosas, y que tenéis problemas con el habla porque os atascáis con la saliva, y que en lugar de lavaros con el agua de la palangana os laváis con...

MADRE

(Paciente) Un poco de silencio, niñas.

(Se va el sonido de respiración artificial. BERNARDO va hacia la mesa.)

CARMEN

Ya ha llegado el niño.

ENRIQUETA

¡Hola guapo!

(BERNARDO saluda con la cabeza y, sigiloso, coge un trapo para taparse la muñeca derecha. Se sienta a la mesa.)

MADRE

¿Qué te pasa, hijo?

BERNARDO

Nada.

ENRIQUETA

¿Te encuentras mal? Estás blanco.

MADRE

¿Qué tal en la escuela?

BERNARDO

Bien.

(Todas le miran.)

BERNARDO

Muy bien.

ENRIQUETA

(Coge un mendrugo de pan y se lo da a BERNARDO.) Anda, vete comiendo algo, que con la cara que traes vas a espantar a los muertos. ¿Has ganado alguna canica hoy?

(BERNARDO asiente con la cabeza.)

ENRIQUETA

(Divertida) ¿Cuántas?

(BERNARDO se encoge de hombros.)

ENRIQUETA

¿No sabes?

(BERNARDO niega.)

PILAR

¿Tres?

ENRIQUETA

¿Cinco? *(Riendo)* ¿Veintiocho? ¡A ver que te mire los bolsillos!

BERNARDO

¡Cinco, he ganado cinco!

CARMEN

Seguro que te han robado alguna. A este niño le roban. Es medio tonto.

PILAR

Déjalo tranquilo, Carmen.

ENRIQUETA

Sí, más te valdría dejarle tranquilo y centrarte en lo tuyo, que a ti no te dura un novio ni aunque te pongas colonia de limones.

(BERNARDO esconde las muñecas detrás de la silla.)

ENRIQUETA

(Juguetona) ¿Qué escondes ahí? A ver, trae. ¡Pero niño, por qué tienes tanta sangre en la muñeca!

MADRE

¡Santo Dios! ¡Dadme otro paño!

(PILAR le da un trapo. La MADRE le cambia el trapo a BERNARDO.)

CARMEN

Seguro que jugando se habrán puesto a hacer el burro.

MADRE

Cállate, Carmen. ¿Qué ha pasado, Bernardo?

ENRIQUETA

¿Llamo al médico?

MADRE

Sabes que no hay dinero.

ENRIQUETA

Pues a Valeria, la prima de la Gertrudis. Sabe cosas.

CARMEN

¡Qué va a saber ésa! Ésa no entra en esta casa. Es una destroza vientres de mujeres.

PILAR

Podemos ir a Mariano. Ha cosido muchas heridas. Igual no nos cobra.

MADRE

(A Pilar) Tráeme la caja.

(PILAR sale.)

MADRE

Mi niño. Tranquilo, no pasa nada, ya te lo van a curar.

CARMEN

Eso ha tenido que hacérselo algún crío, con lo embrutecidos que están.

ENRIQUETA

A lo mejor se lo ha hecho él sólo. Yo de pequeña tenía las rodillas molidas.

CARMEN

Porque tú eras otra embrutecida.

ENRIQUETA

Fue a hablar la que tiene un bigote que ni el generalísimo.

MADRE

¡Haced el favor de callar! ¿Cómo ha sido, mi niño?

BERNARDO

Me caí.

CARMEN

Este niño es tonto.

ENRIQUETA

Cállate.

MADRE

Cómo.

BERNARDO

No me acuerdo.

MADRE

¿No?

(Aparece PILAR con una caja de latón. La MADRE se quita del cuello una cadena de oro con una alianza y una llave.)

MADRE

Toma. Ábrela.

(PILAR abre la caja.)

PILAR

(Saca arena de la caja. Hace dos montoncitos sobre la mesa.) No llega a los cuarenta duros.

MADRE

Enriqueta, corre a Mariano y dile que venga. A lo mejor le contentamos con un buen plato de sopa.

(ENRIQUETA sale.)

MADRE

Vosotras, ya podéis echar las patatas al fogón.

CARMEN

¡Se está poniendo azul!

PILAR

No seas exagerada.

MADRE

Los ojos, mi niño, no cierres los ojos, no los cierres.

CARMEN

A lo mejor se ha hecho eso con algo oxidado y se le está infectando.

MADRE

¿Cómo te lo hiciste? Di. ¿Qué te clavaste? ¿Un hierro? ¿Te has clavado un hierro? Bernardo, hijo, necesito que nos lo digas para cuando llegue el señor que te va a curar. ¿Te clavaste un hierro?

BERNARDO

No.

MADRE

¿Qué fue?

BERNARDO

Cristal.

CARMEN

¿Un cristal? ¿Y hay cristales tan grandes por la calle?

MADRE

Y qué importa si era grande o no si se lo ha clavado hasta el alma.

CARMEN

Buen golpe se ha tenido que dar el niño para que se lo clave tan adentro. ¿O te lo clavó alguien?

MADRE

¿Te lo hizo alguien, hijo?

(BERNARDO niega.)

CARMEN

Seguro que sí. ¿Cómo se va a clavar eso en la muñeca él sólo?

PILAR

Cayendo de boca. Intentas frenar con las manos.

MADRE

Pilar, llaman a la puerta. Vete a abrir a tu hermana.

(Entra el SEÑOR AURELIO. Es un gordo, sudoroso y próspero proveedor de fruta, dueño de algunos huertos.)

SEÑOR AURELIO

¡Aquí te quería yo ver!

MADRE

¿Qué pasa, señor Aurelio?

SEÑOR AURELIO

Tu hijo, que no para de robarme fruta de los árboles. Hoy se ha librado del perdigonazo porque el muy jodío saltó la valla como alma que lleva el diablo. Pero yo le juro, doña Antonia, que la próxima vez que le pille robando le doy. ¡Vaya que si le doy! Porque no hay derecho a que nos quiten lo que es nuestro, no señor. La gente se cree que la tierra es de todos y no. La tierra es del que la trabaja. La tierra es propiedad privada. ¡Ya no hay respeto por el ser humano! Nos invaden, sí, ellos nos invaden, y no miran ni lo que pisan ni lo que tocan ni ná. Aquí lo que hace falta es mano dura y se acabó. Ladrones, ¡que son todos una pandilla de ladrones!

MADRE

¡Mi hijo no es ningún ladrón!

SEÑOR AURELIO

¡Lo es! Y a mí me da igual que robe de otros huertos, ¡pero el mío que ni lo toque! ¿Me has entendido, ladrón?

MADRE

Salga de esta casa.

SEÑOR AURELIO

(Viendo la herida de BERNARDO.) ¿Qué le ha pasao?

MADRE

Se ha clavado un cristal.

SEÑOR AURELIO

Pues ojalá no sea nada. Y que le sirva de escarmiento. Buenas tardes, señoras. *(Sale.)*

CARMEN

¿Será asqueroso? ¿No ve a un niño desangrándose y le habla de escarmiento?

MADRE

Mi hijo no es ningún ladrón.

CARMEN

No sería raro. Con sus amigos.

MADRE

¿Tú le has robado fruta al señor?

PILAR

El señor Aurelio pone cristales a los pies de su valla.

MADRE

¿Qué has dicho?

CARMEN

¿En el suelo?

PILAR

Pone cristales grandes a los pies de su valla para que la gente se los clave al intentar entrar y al intentar salir. Alguna mañana yo he visto los cristales rodeados de frutas podridas y de sangre.

MADRE

Acércame otro paño, Carmen.

(CARMEN le acerca un trapo. La MADRE le retira a BERNARDO el que tiene y le pone el nuevo.)

MADRE

Mi hijo no es ningún ladrón.

(BERNARDO balbucea.)

MADRE

¿Qué dices, hijo? *(Acerca su oído a BERNARDO.)*

CARMEN

¿Qué dice?

MADRE

Dice que tenía hambre.

(BERNARDO coge los trapos y se los mete en la boca. La MADRE y las HERMANAS hacen lo mismo, de manera compulsiva. Se escucha el sonido de la respiración artificial. BERNARDO deja los trapos, se levanta y les saca a las HERMANAS y a la MADRE los que tienen en la boca. Todas se sientan a coser. Deja de escucharse la respiración artificial.)

MADRE

Necesitamos dinero. Bernardo está terminando los estudios, pero quiero que haga una carrera. Que sea alguien. El señor director me ha dicho que tiene muy buena cabeza.

(BERNARDO va hacia el tocador, coge un cuaderno y un lápiz. Se sienta.)

MADRE

El señor Aurelio se ha convertido en el hombre más rico del pueblo. Se ha comprado un camión nuevo. Da libres los sábados. El señor Aurelio necesita a alguien que limpie en su almacén.

(Mira a ENRIQUETA.)

ENRIQUETA

No, madre, el señor Aurelio no.

MADRE

Enriqueta.

PILAR

Ese chivato.

ENRIQUETA

Madre, no.

MADRE

Bernardo, deja ya esas tonterías. Vete a tu cuarto a estudiar.

BERNARDO

Escuche esto, madre: el mecedor ronroneo del atardecer...

ENRIQUETA

Madre, el señor Aurelio me mira.

(La MADRE da un golpe en la mesa.)

ENRIQUETA

¿Pero por qué no puede ir otra, por qué tengo que ir yo?

MADRE

Porque yo te lo mando.

ENRIQUETA

Es un hombre casado.

MADRE

Ponte a coser.

BERNARDO

Dormita en el silencio de tu alma gastada...

ENRIQUETA

En el pueblo todo el mundo habla.

MADRE

Enriqueta, cose.

ENRIQUETA

No. ¡Madre, yo quiero tener novio!

MADRE

¡He dicho que te pongas a coser!

(ENRIQUETA tira el trapo. Sale. CARMEN la sigue.)

PILAR

Si padre viera esto. *(Se levanta, se acerca a BERNARDO. Al oído)* ¿A que no eres lo suficientemente hombre para levantarte y decirle algo a madre? *(Sale.)*

BERNARDO

(Se levanta, va hacia la MADRE.) Y este tiempo es lento, acuciante, como una procesión de viudas... Madre, voy a ir yo.

MADRE

¿Adónde, hijo?

BERNARDO

A limpiar el almacén del señor Aurelio.

MADRE

No puedes. Tú tienes que estudiar. Y dejar de hacer esos garabatos en los cuadernos.

BERNARDO

No me está escuchando, madre, he dicho que voy a ir yo.

MADRE

Tú tienes que prepararte. Tienes que ser un buen cabeza de familia. No hay tiempo para más.

BERNARDO

¡Cállese! ¡He dicho que voy a hacerlo yo! ¿Me escucha, madre? ¡Que usted no me escucha nunca! Yo soy el hombre de esta casa. Aquí se me va a escuchar. Y se me va a respetar. Aquí se va a hacer lo que yo diga. ¡A limpiar voy yo! Limpiaré el almacén del señor Aurelio. Limpiaré todos los almacenes del pueblo. Y los del pueblo de al lado. Me voy a hacer cargo de todo. Yo las voy a mantener. Las voy a sacar de esta miseria. Yo soy, desde ya, el cabeza de familia. *(Al público.)* Yo no dije nada de eso. No hice nada de eso. Nunca fui a limpiar. Tenía que haber gritado. Tenía que haber hecho algo. Pero me quedé ahí, en la silla. Sentado. Mirando hacia otro lado. Como un girasol encogido.

(Se ilumina la isla de arena. La MADRE sale. CONCHITA está sentada en el banco. A su lado, el atillo de cartas.)

CONCHITA

Cuántas cartas, hijo, ¿son de amor?

BERNARDO

(Va hacia el banco.) Sí. *(Se sienta. Coge las cartas.)*

CONCHITA
¿Quién te las ha escrito?

BERNARDO
Yo.

CONCHITA
¿Escribes cartas para ti?

BERNARDO
No, las escribí para Marga.

CONCHITA
¿Marga?

BERNARDO
Mi mujer.

CONCHITA
¿Y por qué las tienes tú?

BERNARDO
Porque ella me ha dicho que las lea. Pone cosas importantes.

CONCHITA
Ay, hijo, las cosas importantes no se pueden escribir. Mira, ésa, la palomita blanca, se está muriendo. Me tiene preocupada. Hubo un tiempo en que el palomo, ese guapo que está ahí, mírale cómo estira el cuello, hubo un tiempo en que él fue detrás de ella. Pero ella no quería nada. En plan orgullosa, ¿sabes, hijo? Pero a ella le gustaba, ¡vaya! Y el otro pobrecito mío erre que erre hasta que lo consiguió. ¿Tú sabes lo que es el amor? Estuvieron un tiempo melosos melosos, pero un día no sé qué pasó que ¡hala!, el chico empezó a ignorarla y hasta hoy. Y ahora ella no come ni nada. Para que veas lo que son las cosas, hijo. Sí, sí. Vete tú a saber lo que pasó. Y que no me come. Creo que se está dejando morir. Eso es lo que alguien tendría que escribir. Por qué dos se separan si se quieren. ¿Y cómo dices que te llamas?

BERNARDO
Bernardo.

CONCHITA
Yo Conchita. ¿Vives por aquí?

BERNARDO
No.

CONCHITA
¿Y a qué te dedicas?

BERNARDO
Soy...Soy poeta.

CONCHITA
¿Y los poetas qué hacen?

BERNARDO
Escriben poesías.

CONCHITA
Ah.

BERNARDO
Por ejemplo: “Alondra de mi casa, ríete mucho. /Es tu risa en tus ojos la luz del mundo./Ríete tanto que mi alma al oírte / bata el espacio”.

CONCHITA
Qué bien escribes, hijo.

BERNARDO
No lo he escrito yo.

CONCHITA
Sí, hijo, si ya sé que lo has escrito tú, por eso te lo digo ¿Y qué más cosas hace un poeta?

BERNARDO
Un poeta ve la realidad de otra manera. Ve el alma de las cosas.

CONCHITA
¿Tú ves el alma de las cosas?

BERNARDO
Sí.

CONCHITA
¿Y cómo es?

BERNARDO
Depende. No es lo mismo el alma de una piedra, que la de un árbol, que la de una niña.

CONCHITA
¿Y qué hay que hacer para ser poeta?

BERNARDO
¿Por qué?

CONCHITA

Por nada.

BERNARDO

¿Usted quiere ser poeta?

CONCHITA

Quiero ver el alma de las cosas.

BERNARDO

Lo primero que hay que hacer es observar.

CONCHITA

¿Observar?

BERNARDO

Sí, observar la realidad, para luego poder ver más allá de ella. Observemos.

(BERNARDO y CONCHITA miran al público. Permanecen así unos instantes.)

CONCHITA

¿Estamos observando bien?

BERNARDO

¿Qué ve?

CONCHITA

No sé. Todo.

BERNARDO

¿Qué es todo? Hay que ser concreto.

CONCHITA

Veo los árboles.

BERNARDO

¿Y qué más?

CONCHITA

Y la arena.

BERNARDO

¿Y qué ve en los árboles y la arena?

CONCHITA

Los árboles tienen hojas, y un tronco gordo. Bueno, unos más gordos que otros.

BERNARDO

No, no, no. Tiene que ver más allá del árbol.

CONCHITA

¿Más allá del árbol?

BERNARDO

Sí.

CONCHITA

Sí hijo, si yo vería más allá del árbol, pero es que sin gafas no veo. Y me compraría unas pero es que no tengo dinero y...

BERNARDO

No es que vea lo que está más lejos del árbol. Lo que tiene que ver es lo que tiene el árbol. Lo que tiene por dentro. Lo que no se ve.

CONCHITA

Madera.

BERNARDO

No, no piense en lo material. Piense en lo espiritual. Observe bien. Tómese su tiempo.

CONCHITA

Ay, hijo, este árbol tiene el alma escondida.